

El ícono en su tinta

Alberto Schroth Prilika

Si el arte mural es otra forma de hacer poesía, Vallejo respira desde los libros y desde las calles. Hoy tiene tantos posibles intérpretes como lectores y paseantes. Desde las paredes hasta las páginas, desde los billetes hasta la página de Google, su rostro es un emblema y un estigma. Quizá la versión del ícono que mejor lo retrate, o que al menos consiga ofrecernos un perfil menos manido, está en la colección *Poemas en prosa*, inserta en el libro *Poemas humanos*.

Uno. Los intis del Perú

Cuando César Vallejo fue convocado, tenía cincuenta años sin moverse de París. Vivía en su última y definitiva casa desde marzo de 1938, que era solo un lugar más donde observaba a la gente y la pasaba bien. Como en todas las casas, escuelas y museos en las que es recibido pero esta es la sede más popular después de Santiago de Chuco. Llegan visitantes a diario para compartir la tarde, la mañana o el tiempo que fuera.

El patio nunca está vacío. Recoge cartas, insólitas reliquias —inclusive una bicolor con el diez—, libros y de seguro su célebre retrato con el rostro agestado, el bastón y el anillo de piedra negra. Las guarda en sus paredes y ve cómo su casa se hace cada vez más grande y recupera el color. Dijo alguna vez para sus lectores peregrinos que las casas y las tumbas se parecían porque ambas se alimentaban de hombres, porque estaban más vivas cuando son viejas que recién hechas y por eso, aunque no las habite nadie, nunca estarán deshabitadas. No le faltó razón;

ambas moradas se enriquecen atesorando lo que hombres y mujeres pueden ofrendar: su sensibilidad e historia.

La tumba y los múltiples espacios de tributo al poeta son una indescriptible fiesta, al borde del patronato. Por eso, cuando los resultados fueron anunciados, no podríamos saber cómo recibió la gran noticia a finales de los ochenta o si habrá considerado una gran cosa ser convocado por el gobierno, pero lo que sí se recuerda bien es que a él encantaba posar para las fotos. Llegó a esa lista de los convocados sin pedirlo ni desearlo. Alguien incluyó su nombre entre un variopinto grupo de personajes: santos, mártires, héroes nacionales de las letras, de las ciencias y la emancipación. Todos ellos fueron postulados para recibir un lauro histórico en un concurso organizado por el Banco Central de Reserva, no precisamente literario.

Miguel Grau, Francisco Bolognesi, Antonio Raimondi, José Gabriel Condorcanqui, Víctor Raúl Haya de la Torre y Ricardo Palma, entre otros, lucieron el emblema y los colores de la selección monetaria de turno, por méritos propios. Y César Vallejo, por su poesía, humanidad y postura, ganó también un espacio entre los doce. La célebre fotografía de poeta encebollado sería impresa en los billetes de tonos azules y verdes de diez mil intis.

Dos. Vallejo en la billetera

En los siguientes años se imprimiría el rostro de César Vallejo en un tiraje de proporciones alucinantes. Nunca tan visto como leído

y ojalá hubiese funcionado viceversa. La desventaja de esta masificación fue que el mensaje y la figura del poeta universal eran soportados fuera de sus libros e ideas; por primera vez sometidos a una mezquina métrica comercial: Vallejo nos alumbraba u oscurecía (depende como se lea) la billetera, el bolsillo, los ahorros de la vida o la vida ahorrada en dinero inestable.

Tampoco tuvo suerte en las finanzas, aun cuando creyó estar libre de ellas. Nuestros 'intis' se enfrentaron a la triste pero célebre hiperinflación: uno de los desastres financieros, psicológicos y sociales más salvajes para el Perú del siglo XX. Pero ahí estaba mirándonos, el buen César Vallejo, nuestro hombre y nuestra lumbre para momentos tan convulsos: dispuesto a sufrir con nosotros porque él también conocía el sabor amargo de la incertidumbre; a encebollarse con sus pares y darnos atisbos de esperanza con su poesía, pero también con su adquirida capacidad de multiplicarse, hacerse *masa* para comprar el pan y satisfacer otras necesidades.

Tres. Poemas en prosa, el libro fuera del estigma

Languidecidos hasta la anomia, él y los intis fueron dados de baja por su versión castellana *Los nuevos soles*. Vallejo y Palma regresaron a sus casas hasta nuevo aviso; pasearon por sus calles, meditaron en sus plazas y parques, asistieron a sus seminarios, visitaron los colegios llamados como Ricardo Palma y César Vallejo, recorrieron sus libros y las vidas de sus ocasionales lectores, como

era costumbre. Pero nada volvería a ser igual, César Vallejo estaba marcado.

Pueda que el *shock* postraumático de la hiperinflación, el terror y las dictaduras recrudescieran el complejo colonial de sufrientes perpetuos, víctimas, hombres grises del que adolecen los peruanos. Pueda que no. Pero lo que sí es evidente es la costumbre de varias generaciones por ver solo la cara más oscura de Vallejo y obviar el resto, cuando tiene lucidez, intensidad, belleza y dureza en otros territorios como los ensayos, las obras de teatro, los poemas en verso y los poemas en prosa, por nombrar algunos. Esta última es quizá una buena amalgama de las anteriores y una de las caras más brillantes.

Poemas en prosa (1939) es el título genérico otorgado por la viuda —celosa guardiana de su obra—, a una colección de diecinueve poemas de naturaleza distinta, incluidos dentro de un cuerpo mayor, *Poemas humanos* (1939). Sin duda menos crípticos, aunque no del todo una lectura amable. Pueden leerse en clave de blues si se quiere: sus historias se oyen y perciben fundamentalmente tristes pero no resignadas ni agotadas; son vitales y realistas, por ratos les sobrevuela el fantasma de la esperanza. Muestra de ello es este fragmento en el poema "Existe un mutilado":

[...] Vi una vez un árbol darme la espalda y vi otra vez un camino que me daba la espalda. Un árbol de espaldas solo crece en los lugares donde nunca nació ni murió nadie. Un camino de espaldas solo avanza por los lugares donde ha habido todas las muertes y ningún nacimiento. El mutilado

de la paz y del amor, del abrazo y del orden y que lleva el rostro muerto sobre el tronco vivo, nació a la sombra de un árbol de espaldas y su existencia transcurre a lo largo de un camino de espaldas.

Pueden leerse como monólogos que llevan la costura sutil de sus ideas políticas y sociales, poemas con la máscara de un microensayo, como "En el momento en que el tenista...":

En el momento en que el tenista lanza magistralmente su bala, le posee una inocencia totalmente animal; en el momento en que el filósofo sorprende una nueva verdad es una bestia completa. Anatole France afirmaba que el sentimiento religioso es la función de un órgano especial del cuerpo humano, hasta ahora ignorado y se podría decir también, entonces, que, en el momento exacto en que un tal órgano funciona plenamente, tan puro de malicia está el creyente, que se diría casi un vegetal. ¡Oh alma! ¡Oh pensamiento! ¡Oh Marx! ¡Oh Feuerbach!

Los poemas de *Poemas en prosa* podrían conformar también un falso diario de genuina taquicardia, que ha sido diseminado estratégicamente en escenas cotidianas, con cierta tinta realista y digresiones surreales donde los personajes (incluido el autor como uno de ellos) atraviesan por situaciones de vérti-

go emocional y otras menos cargadas, para esbozar un retrato de género para la raza humana, la religión, la familia.

El poema *Hallazgo de vida* recoge algunos motivos de esta tercera pero no menos importante vuelta a la tuerca poética:

[...]

No, señor. No hable usted a ese caballero. Usted no lo conoce y le sorprendería tan inopinada parla. No ponga usted el pie sobre esa piedrecilla: quién sabe no es piedra y vaya usted a dar en el vacío. Sea usted precavido, puesto que estamos en un mundo absolutamente desconocido.

¡Cuán poco tiempo he vivido! Mi nacimiento es tan reciente, que no hay unidad de medida para contar mi edad. ¡Si acabo de nacer! ¡Si aún no he vivido todavía! Señores: soy tan pequeñito, que el día apenas cabe en mí.

Nunca, sino ahora, oí el estruendo de los carros, que cargan piedras para una gran construcción del boulevard Haussmann. Nunca, sino ahora, avancé paralelamente a la primavera, diciéndola: «Si la muerte hubiera sido otra...» Nunca, sino ahora, vi la luz áurea del sol sobre las cúpulas de Sacre-Coeur. Nunca, sino ahora, se me acercó un niño y me miró hondamente con su boca. Nunca, sino ahora, supe que existía una puerta, otra puerta y el canto cordial de las distancias.

¡Dejadme! La vida me ha dado ahora en toda mi muerte.

Un simple enroque puede cambiar la historia que compartimos con César Vallejo, de aquí en adelante. Cambie los versos manidos y sobrestimados de *Los heraldos negros*, aquellos

que ha usado desde siempre. Cámbielos por unos menos gastados y así descansará de mentar a la ira de Dios con tanta facilidad y empezará a mirar con mayor agudeza lo que le rodea. Notará de repente que esa persona *perdió el rostro en el amor y no en el odio. Lo perdió en el curso normal de la vida y no en un accidente.*

¿Pero acaso teníamos esa *otra opción*? ¿Podíamos sacarnos a *Los heraldos negros* de la mente, enraizados desde la primaria? Sí, pero no era tan fácil, todo apostaba en contra. Lo cierto es que uno encuentra lo que quiere encontrar en los textos que lee; se hace a sí mismo justamente por lo que *lee o deja de leer* (en libros y no solo en ellos), por lo que *ve o deja de ver*, circunscritos al espacio histórico y el tiempo que nos toca vivir.

En ese contexto, la figura de César Vallejo fue consagrada por la multitud como un personaje cuya única gracia era sufrir. Cosa con la que el propio poeta desacuerda, cuando ironiza sobre la *esperanza*, pero no puede hacer nada con el sistema. Por un lado, desde la escuela y la academia había ya un adoc-trinamiento en esa tendencia, bastante marcado: solo se recitan “Los heraldos negros” y “Masa”. Los libros e investigaciones están dedicados al mismo sonsonete, a excepción de unos pocos que recogen más bien la imagen fuera de la postura y dentro de la cotidianidad; fuera de la tendencia popular a unirlo como patrono del dolor humano, con la mira puesta en horizontes menos solemnes.

Mientras que muchos libros difuminaban a Vallejo, la calle le daba otra clase de vida,

otra clase de tumba. Los artistas urbanos, músicos y diseñadores —entendedores de pocas palabras, es decir, buenos— toman la historia por ambos flancos, del lado solemne y el mundano.

Cuatro. Vallejo 2.0

La ciudad les resultó un mausoleo rebosante de vida gracias a los murales, el grafiti, los festivales de rock y discos con sus poemas musicalizados, las agendas, polos, afiches y demás baratijas poéticas. Vallejo regresaba a las calles fuera de la prisión de un billete devaluado y se multiplicaba simbólicamente, con otra hiperinflación pero de las buenas. Ahora puedes sentirlo en la música o desde la imagen, entenderlo como el canon dice que debe entenderse importa cada vez menos. Lo cual es un problema y una oportunidad.

Vallejo se deja sentir, poco a poco, porque el mensaje es más lúdico que lacerante. Se transforma sin querer, de bocado en bocado, de cita en cita, en el patrono de los artistas emprendedores. Por sus ciento veinte años, los tonos azules y verdes de los viejos intis llegarían a las oficinas de Google a través de una carta y varios bocetos enviados con el entusiasmo de regarle un retrato distinto. La propuesta fue aceptada. En el arte que se instaló en la cabecera de Google (*doodle*) el 16 de marzo, Vallejo lee sentado a solas en una banca en lugar de posar. Es una ilustración de rostro apacible. Una nueva imagen que implica una oportunidad para salir del estigma y mirar su escritura con nuevos ojos.